

1.10 El nacimiento de la cultivación - RE: Deidad - La respiración de la Creación

- 1.10 El nacimiento de la cultivación - RE: Deidad - La respiración de la Creación

1.10 El nacimiento de la cultivación - RE: Deidad - La respiración de la Creación

El día que había esperado con ansias, el día que temía profundamente, finalmente llegó.

Una de las hadas estaba a punto de descubrir verdaderamente la cultivación.

Me mantenía suspendido sobre la tribu, sin poder acercarme demasiado y maldiciendo mi falta de destreza para ello. Había deseado con desesperación estar allí en persona, alguna encarnación mía sentada a su lado mientras comenzaban a cultivar en el sentido de xianxia. Aunque la distancia no era un impedimento para mí y este era un momento de queja personal extraño, lo había querido, esa cercanía íntima. Pero no fue posible, así que tuve que conformarme con un poco de distancia.

Desplazándome ligeramente desde mi posición en el cielo, haciendo que mi percepción pareciera que estaba sentado justo junto al cultivador en cuestión, me obligué a solo observar. La mujer en sí no era vieja ni joven, hermosa ni fea. En muchos aspectos era común, al menos a ojos mortales. Para sus compañeros de tribu, era una cazadora mediocre, una madre decente y una costurera pasable. Sin embargo, yo veía un alma con un karma sorprendentemente bueno, especialmente para una raza tan joven. Ahora, con solo tres generaciones, había acumulado suficiente buen karma para que los espíritus comenzaran a acercarse en su vida cotidiana, su presencia y la energía que producía su alma eran reconfortantes tanto para espíritus positivos como benignos.

Pero lo que realmente la diferenciaba era su afinidad por el viento. A pesar de vivir una vida bastante normal, recorriendo las llanuras con su tribu, criando a una familia, y demás, su espíritu era tan libre como el viento. Vivía a su manera, y para ella eso no significaba simplemente vagar como una ráfaga fuerte, explorando todo lo que el mundo tenía para ofrecer. Significaba deslizarse suavemente como una brisa primaveral, reconfortante y amable, llena de aromas agradables y la promesa de calor. Significaba tomar un momento para disfrutar del mundo tal como es y de la compañía con quien compartía ese momento. Era un instante para sentarse bajo un árbol y escuchar el susurro del césped en el viento y el canto de la tierra.

Y los espíritus del viento la amaban por ello.

Como pequeñas hadas, los espíritus danzaban a su alrededor mientras ella se sentaba sobre su lecho de pieles, con sus dos pequeños dormitando plácidamente a su lado, realizando su ritual nocturno; un ejercicio de meditación enseñado por su padre. Sentada en posición de loto, con la espalda recta y los hombros erguidos, liberaba su mente de todos los pensamientos para que su

sueño fuera tranquilo y profundo. Inhalaba, y la energía qi a su alrededor comenzaba a reaccionar.

“Suave,” susurré, con los ojos fijos en su alma y su dantian, resistiendo la tentación de ayudarla. Quería que lograra esto por sí misma, sin mi ayuda. Era crucial que lo hiciera. Le había dado a su gente toda la ayuda y las pistas necesarias para comenzar en este camino, pero la decisión de hacerlo debía ser solo de ella, y solo de ella.

Su alma se agitaba, la energía positiva saliendo en ondas suaves de color blanco. Los espíritus del viento atrapaban lo que escapaba con pequeñas risas, cabalgando sobre las olas y llevándose el exceso, enviándolo a la tierra para que fuera absorbido. La mujer inhaló nuevamente, absorbiendo su propia energía y llenando su dantian de ella. Y con cuidado, casi sin querer, inhaló también la qi del mundo. Los espíritus del viento rieron, alimentándola con más, llenando sus canales de cultivación con qi de aroma a viento hasta que, con una pequeña explosión de poder que llenó su cabaña con el olor de flores, ella “evolucionó,” atravesando un umbral que sé que eventualmente sería llamado la siguiente etapa de cultivación.

La mujer volvió a recostarse con una sonrisa, abriendo los ojos y mirando a sus hijos. Ni siquiera se dio cuenta de lo que había hecho. Todos los Seres Fe, por la naturaleza misma de su existencia, se fortalecen con el tiempo. Mientras vivían, la energía que su alma generaba se acumulaba en sus cuerpos y fortalecía su núcleo, cultivándose de manera pasiva. De esta forma, podían vivir por siglos. Pero mediante la meditación y absorbiendo parte de la energía del entorno, podría fortalecerse más rápido, e incluso adquirir algunos "poderes mágicos" si jugaba bien sus cartas.

Sus hijos seguirían sus pasos, aprendiendo su ritual nocturno tal como ella lo había aprendido de su padre; eventualmente, su tribu notaría la mayor fuerza de su familia y, como suele decirse, todo quedaría en la historia.

Un cálido sentimiento llenó mi pecho al ver a la mujer acostada en su cama, acurrucada junto a sus hijos mientras caía en un sueño ligero y pacífico. ¿Era orgullo lo que sentía? Sí, creo que era eso. Curioso. Por cuanto temía en un principio la idea de los cultivadores, nunca imaginé que ahora sentiría orgullo por ellos.

Me pregunté cuánto tardarían los demás Seres Fe en descubrir los secretos de la cultivo, y de inmediato la respuesta llegó a mí. Una sonrisa indulgente se extendió en mi rostro mientras observaba cómo la información se difundía ante mis propios ojos. El viento era demasiado parlanchín.

Los espíritus del viento reían y se movían velozmente, difundiendo la noticia por doquier, contándosela a las montañas y ríos, e incluso a la tierra misma. Pronto, todos los espíritus del planeta la conocían y la proclamaron a los cielos, para que el sol que orbitaba su planeta también lo supiera. Los espíritus de la luz llevaron la información aún más lejos y amplia, siendo sumamente chismosos, por lo que la noticia llegó a Pangea y al Árbol que da Vida. Incluso el Reino Celestial pronto conocería al primer cultivador, desde los espíritus más humildes hasta los dioses supremos.

Pero la difusión fue demasiado rápida, y fruncí el ceño, alejando mi percepción de la mujer. Sólo entonces olí la fresca fragancia de la lluvia primaveral llevada por una brisa suave, mi cabello

ondulando en un viento que no debería existir en el espacio. Miré a mi derecha y me encontré con un mechón de cabello verde y un rostro lleno de picardía.

“Ariel, tu pequeña traviesa, ¿te propagaste la noticia por doquier, verdad?” La reprendí con benevolencia, la diosa del viento riéndose a mi lado. “¿Y qué opinas de todo esto?” Levantó un dedo a sus labios en señal de silencio, guiñando un ojo mientras se alejaba, su cabello girando en el aire al hundirse en la oscuridad del espacio, rumbo al Reino Kármico. La renegué con la cabeza. Para ser diosa del viento, era sorprendentemente callada, prefiriendo escuchar en lugar de hablar.

“De todas formas,” reflexioné, levantándome y mirando el Árbol que da Vida, donde Reika se hallaba en ese momento. Se había interesado mucho en crear nueva vida, desde que lo descubrió. Su jardín es ahora más grande que el mío. “Quizá debería visitar a Reika y contarle la buena noticia.” Incluso antes de terminar de hablar consigo misma, supe que eso era exactamente lo que iba a hacer. Probablemente Alexander ya lo sabía, y Elvira y Keilan lo habrían averiguado para cuando terminara de contarle a Reika. Mis hijos quizás no le darían mucha importancia, pero, en fin... Yo, por mi parte, lo consideraba algo monumental.

¿Podría realmente ser culpable por estar nervioso? ¿Y emocionado? ¿Emocionado y nervioso al mismo tiempo? Por encima de todo, no, Señor Cajas, por favor, no permitas que haya demasiados clichés de xianxia. Por favor, por favor, por favor.

La espacio se distorsionó a mi alrededor al dar un solo paso, atravesando años luz en tan solo un instante. La copa del Árbol de la Vida, con sus hojas anchas como robles, cada una del tamaño de un continente y creciendo rápidamente, se situaba justo debajo de mí, moviéndose en un viento invisible. Tal vez, algún día, habría bestias y personas que llamarían hogar a ese follaje, pero aún no. Ninguno había alcanzado todavía esa altura, incapaz de soportar el cambio energético que implicaba trepar el árbol. Después de todo, solo las hojas generaban suficiente energía vital para alimentar el crecimiento de todo el reino físico tal como existía en ese momento. Grandes tormentas elementales atravesaban la copa de los árboles, bailando entre las hojas y ramas, devastadoras en su intensidad, aunque apenas lograban hacer crujir las hojas del Árbol.

El hogar de Reika se encontraba en la cima misma, ocupando toda la rama más alta. En el centro había una gran casa de madera larga, con un jardín que se extendía por millas interminables. Árboles y flores de todo tipo florecían en patrones intrincados, setos y helechos formando laberintos, todo protegido de las tormentas elementales por la presencia de Reika. Espíritus vegetales jugaban alegremente en su jardín, cientos de miles de ellos correteando, cuidando sus plantas y disfrutando de la tranquilidad.

Honestamente, su jardín era más pequeño de lo que recordaba. Debió haber reducido el tamaño.

Mientras tarareaba para mí mismo, descendí, saltando la mayor parte del jardín para deslizarme silenciosamente en la casa larga principal. El interior era como lo recordaba: las paredes crecían desde la rama en la que descansaba el palacio, hechas de madera pulida y lisa. Una chimenea de troncos crujía en el extremo lejano del vestíbulo, adornada con numerosos cuadros y trofeos de animales colgados en las paredes. Reika no era cazadora, no salía activamente a matar bestias, pero disfrutaba exhibiendo ejemplos de sus favoritas. Por la izquierda, apareció el dios de la tierra,

bostezando y rascándose la nuca.

Se quedó inmóvil al verme, con los ojos marrones muy abiertos y la suciedad cayendo de su pelo oscuro. Guiñé un ojo y hice un gesto de silencio, caminando en silencio por los pasillos serpenteantes. La presencia de Reika era más profunda en la casa larga, y saludé con la mano a los pocos espíritus y objetos que pasaba en mi camino.

La encontré en su taller, como esperaba, murmurando para sí misma mientras manipulaba un grupo de elementos en una de las largas mesas de madera. Era similar a mi taller, aunque sus paredes eran de madera sin pintar, en lugar de la piedra y la madera multicolor que prefiero. En las paredes, en estantes, se alineaban miles de frascos con diferentes energías y combinaciones, junto con diversas herramientas, vasos medidores y utensilios dispersos por el lugar. Sin embargo, un objeto en particular llamó mi atención: una de las primeras flores que ella misma había creado, creciendo en una maceta en el centro de la habitación, con pétalos que brillaban en la débil luz del araña. Sonreí al verla mientras me acercaba en silencio, acechando a mi hija.

“¡Reika!” exclamé felizmente.

“¡Yeep!” gritó ella, perdiendo el control de la energía con la que estaba jugando y girándose, pálida y frenética. “¡Madre! ¡Estás aquí! ¿Qué haces aquí?!”

“¡Adivina! Los mortales finalmente descubrieron la cultivación... ¿qué olor es ese?” me detuve de repente, más interesada en los desesperados intentos de Reika por ocultar en qué estaba trabajando. La energía de la que ella había perdido control flotaba en el aire, y extendí la mano para atraparla. “¿Es esto una ilusión? ¿Estás jugando con ilusiones, Reika?” pregunté curiosa, poniendo un mechón de esa energía en la boca. Como con todos los tipos de energía en el universo, la magia de las ilusiones era solo otra forma de energía pura, o qi verdadero, como la llamaba. Sin embargo, las ilusiones siempre tenían un sabor diferente cada vez que la probaba.

Esta hebra sabía a chocolate blanco y albahaca, con un toque de especia. Extraño, pero no desagradable.

— ¡No! — ¡Sí! ¡Sí lo he hecho! Eso es todo. ¡Nada más — mentí horrible, poniéndome entre ella y lo que ocultaba tras la espalda. Su cuerpo se infló un poco, creciendo para esconder mejor su pequeño proyecto, y sonreí, sin poder resistirme a la tentación de bromear un poco con ella.

— Ahora, ¿qué tenemos aquí? — medité, rodeándola para pasar por sus ingenuos intentos de esconder cosas y mirar qué había detrás de ella. En la mesa de trabajo descansaban ocho agrupaciones de elementos y energías. Podía ver el espacio-tiempo, que era extraño; una combinación de los cinco elementos chinos: agua, fuego, tierra, metal y madera; ilusión; una mezcla giratoria de energía psíquica y kármica; así como —

— ¡¡NO!! — chilló Reika, casi echándome hacia atrás. Me reí un poco mientras ella me empujaba, una carcajada que se apagó en mi garganta al ver la furia en su rostro. Su cara estaba enrojecida, mejillas hinchadas y ceños fruncidos por la frustración, mientras colocaba las manos en las caderas, levantándose a su altura completa para parecer intimidante. Solo llegaba a mis hombros, y a pesar de sus mejores esfuerzos, su ira solo lograba hacerla más adorable.

No cambiaba el hecho de que en realidad estaba enojada conmigo. Retrocedí, sonriendo nervioso y levantando las manos en señal de rendición.

— Perdón, perdón. Solo quería compartir una noticia emocionante — susurré, evitando mirarla a los ojos. — Pero, vamos, ese “¡yep!” fue bastante tierno — bromeé.

— Fuera — dijo ella, señalando hacia la puerta. Parpadeé, me acaricié la nuca avergonzado y, en seguida, salí del taller. Ella cerró la puerta de golpe tras de mí, deteniéndose solo lo suficiente para colgar un letrero de madera con las palabras “¡No espiés! (Eso va por ti, madre)” talladas en letras arcoíris. La miré un momento, rascoándome la mejilla.

— Bueno, eso me aclaró las ideas. ¡Vaya! No fue mi intención hacer eso — dije, sacudiendo la cabeza. En fin, seguro descubriré pronto de qué se trataba. Probablemente era su proyecto secreto del que había logrado echar un vistazo por accidente, aquel que había estado intentando esconder con tanto esfuerzo.

Y ahora me sentía mal. Con un pequeño movimiento de cabeza, por mi imprudencia, me teletransporté hacia el Reino Kármico para ayudar a Keilan con los archivos de memorias.

Ahora que se había descubierto la cultivación, pensaba que los recuerdos de vidas pasadas serían aún más importantes. ¿Quizá eso debería ser una recompensa por la inmortalidad? ¿Recordar tus vidas pasadas? O tal vez deberían ser obligados a marchar ellos mismos al Reino Kármico si quieren recordarlo de verdad. Comida para pensar, al menos.